



ENFOQUES

AÑO VIII, Nº 1 - 1996

Revista publicada por la Secretaría de Investigación y Extensión de la Universidad Adventista del Plata. 25 de Mayo 99, 3103 Libertador San Martín, Entre Ríos, Argentina.

Las opiniones de los colaboradores no representan necesariamente el pensamiento de la Universidad Adventista del Plata.

Registro de Propiedad Intelectual Nº 1378732.

Director

Dr. Víctor Korniejczuk

Director Asociado

Lic. Fernando Aranda

Secretarios de redacción

Prof. Nely E. de Finuchi
Dr. Néstor Alberro

Diagramación

Prof. Marcelo Sosa

Consejo Editorial

PRESIDENTE

Dr. Carlos A. Steger

SECRETARIO

Dr. Víctor Korniejczuk

VOCALES

Dr. Néstor Alberro

Dr. Aecio Cairus

Dr. Víctor Casali

Prof. Mónica Casarramona

Prof. Edith S. de Castro

Dr. Jorge González

Dra. Raquel B. de Korniejczuk

Dr. Egil Wensell



EDITORIAL

Nadie ignora que son los valores, las creencias, lo que está por detrás de todo programa de desarrollo económico, ya sea éste de aplicación global, nacional, regional o institucional. El desarrollo económico debería estar siempre orientado por una reflexión ética; cuando esta instancia, previa y fundamental, es soslayada, necesariamente se caerá en la imposición de valores originados en intereses individuales o sectoriales. A esta temática, de candente actualidad, hemos dedicado el presente número de ENFOQUES, cuyo dossier contiene artículos vinculados con la economía y la ética.

El ordenamiento económico de una sociedad está directamente relacionado con el poder. Política y economía, por lo general, van siempre juntas, de ahí la relevancia que adquiere la ética en lo que respecta a la conducción de un país, de una sociedad o de una organización. El ser humano, por naturaleza, siente gran sed de poder, la cual aumenta en lugar de disminuir con su saciamiento.

Los principales valores (**contravalores**, en rigor de verdad) involucrados en esta humana sed de poder son la riqueza y la fama. En este último caso el poder es un fin en sí mismo: se es famoso teniendo poder, así como se es poderoso adquiriendo fama. Un círculo semejante se da en el caso de la riqueza, aunque aquí el poder suele ser más bien un medio que un fin en sí mismo. Detentar el poder, desde una cosmovisión materialista e inmanente del mundo, puede implicar la imposición pseudo-legal de una legislación que favorezca el acceso a bienes que de otro modo no se conseguirían, aunque esta vía difiera grandemente con lo que debe ser una verdadera concepción ética de la ley y de la justicia. Desgraciadamente la ética humana, sin fundamento trascendente, poco tiene que ver con la justicia.

¿Dónde ha quedado en nuestra época el espíritu de colaboración desinteresada, el buen accionar, la responsabilidad y la solidaridad? ¿A dónde ha ido a parar en la posmodernidad que hoy transitamos la genuina identificación entre "ser" y "apariciencia"? Vivimos en una cultura del engaño, del fraude, una "cultura de la apariciencia", del envase, que se manifiesta también en el accionar económico; una vida que está movida por una búsqueda constante de ventajas particulares. Tal *modus vivendi* se manifiesta también como manipulación y seducción de las conciencias. Se echa mano, por ejemplo, de la propaganda subliminal para vender más y mejor. La ética es dejada de lado cuando paulatinamente, casi sin que se note y en forma deliberada, se va disminuyendo la calidad de un producto. Una tendencia nos envuelve, la de no hacer bien lo que no se ve y de camuflar lo mejor posible aquello que sí es evidente; en otros términos, empujamos con la escoba la basura debajo del ropero.

Actuar de tal modo implica la creencia en que o bien estamos solos en el universo y que nadie nos vigila ni ve, o bien que somos nuestra propia autoridad y que rendimos cuentas únicamente ante el tribunal de nuestra propia conciencia. ¿Para qué, entonces, preocuparnos en hacer regir nuestra vida por la ética, la moral y las buenas costumbres? Manejarse así por la vida es soslayar la evidencia de nuestro origen, desconocer que la complejidad de cada organismo viviente no es otra cosa sino el producto de la acción de un perfecto Dios Creador, que desde un puesto privilegiado todo lo observa, juzga y ordena en vistas a un futuro -no lejano- acto final de justicia sobre un mundo perfecto que El forjó con sus manos.

Fernando Aranda